

Mensaje de Ademar Olivera a uruguayos exiliados en Suecia: 23 de octubre de 1984.

«Comienzo con una frase de Perogrullo: el drama de los uruguayos exiliados sólo lo comprenden, en su cabal dimensión, los uruguayos exiliados.

Si se compara con el problema centroamericano, la situación uruguaya no es “tan grave”; unas pocas decenas de desaparecidos “no tiene importancia”, al lado de los 30.000 desaparecidos en Argentina; hasta se puede escuchar por ahí, que “la dictadura uruguaya no fue tan sangrienta como la chilena”; incluso, hay uruguayos que, desde dentro del país, opinan que “al fin y al cabo, los compatriotas que se han ido están, desde el punto de vista material, mejor que nosotros, pues por lo menos pueden llevar una vida decente”. Y esto se dice sin tomar en cuenta el desgarramiento que produce el tener que separarse de los seres queridos, su patria, su tierra.

Pero sucede que el dolor no es “cuantificable”. Decir que el sufrimiento de una persona no es “tan grave” porque lo mismo están padeciendo miles de otras personas, me parece una inmoralidad. Por otro lado, una de las cosas más difíciles de lograr, humanamente, es comprender, identificarse plenamente, desde “afuera”, con la angustia del otro, a pesar del amor que se le tenga y del esfuerzo que se realice para conseguirlo.

Por eso, mis palabras no deben recibirse como de alguien que “trae la respuesta”, sino de quien, además de cristiano, llega de “afuera” y tiene algo para decir, para compartir, con el mayor respeto hacia ustedes y hacia la realidad en que se encuentran.

Hay un texto bíblico que contiene algunas “recomendaciones” de Dios, dichas a través del profeta Jeremías, a los exiliados judíos en Babilonia, a fines del siglo VII antes de Cristo:

“Construyan casas y establézcanse; planten árboles frutales y coman de su fruto. Cásense, tengan hijos e hijas, y que ellos también se casen y tengan hijos. Aumenten en número allá y no disminuyan. Trabajen a favor de la ciudad a donde los desterré, y pídanme a mí por ella, porque del bienestar de ella depende el bienestar de ustedes”.

Esos consejos tal vez hubieran sido los que ustedes debieron recibir al llegar a esta lejana tierra. Arraigarse e integrarse a la vida social del país en que uno vive es, pienso yo, además de una necesidad psicológica, un deber moral para con la sociedad que los recibe y los cobija. Por supuesto que esto, dicho en términos muy generales, no contempla la realidad individual que vive cada uno: condiciones de edad, salud, familia, edad, compromiso político..., lo cual determinará el grado de arraigo y encarnación en la “segunda patria”.

Nuestra nación ha sido desgarrada por las consecuencias de la dura represión desatada por el régimen militar, en el marco del avasallamiento de las normas constitucionales, del Derecho, de las libertades individuales y colectivas. En síntesis: cerca de un centenar de muertos en las cárceles; unos 180 detenidos-desaparecidos (en Uruguay, Argentina y Paraguay); cientos de personas con graves enfermedades físicas o psíquicas, muchas de ellas irrecuperables, que aún permanecen prisioneras; cientos de liberados que arrastran consigo, fuera de la cárcel, todos los traumas y las secuelas de años de sufrimiento y humillaciones padecidos bajo uno de los regímenes más crueles y despiadados que se conozca; familias enteras destrozadas y divididas; niños y jóvenes que crecen con carencias afectivas e inestabilidad emocional; miles de destituidos de su trabajo, por sus ideas políticas o su militancia gremial; cientos de miles de exiliados.

Económicamente, queda un país en ruinas; políticamente, debilitado y con muchas limitaciones: personas y partidos aún proscriptos, partidos con los mismos vicios y los mismos dirigentes de 13 años atrás; sindicatos que pugnan por “salir a flote” para reconquistar sus derechos y reivindicaciones, aun con carencias en la organización de los trabajadores y en la formación de nuevos cuadros; una situación social deplorable donde la pobreza, el hambre, las enfermedades, la desocupación, la falta de viviendas dignas, la inseguridad, la falta de oportunidades y condiciones propicias para estudiar... constituyen datos muy precisos para diagnosticar esa realidad.

También debemos señalar, como hechos positivos, la resistencia, las diferentes formas de protesta, la movilización popular, el crecimiento de la conciencia y de la participación activa de distintos sectores: sociales, políticos, gremiales, estudiantiles, religiosos, las víctimas de la violación de los derechos humanos y grupos solidarios; y la pérdida creciente del miedo, de parte del pueblo; de un pueblo que conserva los rasgos más salientes que lo han caracterizado a través de la historia: su dignidad, su firme inconformismo, su alto grado de conciencia política y de solidaridad con los débiles y con las víctimas de la injusticia.

Estoy seguro de que quien ha estado ausente del país desde hace más de cinco años, hoy no lo reconoce. Tanto se ha deteriorado la situación interna, tanto ha cambiado el perfil del Uruguay, que podemos afirmar que es prácticamente imposible imaginarse el verdadero estado de cosas si no se vive allá. Tampoco quien viene del “paisito” puede transmitir adecuadamente con palabras una realidad tan compleja y diferente a la que dejaron ustedes al venirse. Cuando mucho, podemos dejar “piezas de un rompecabezas”, “figuras de un cuadro”, que sólo completarán a su regreso.

Si ustedes me preguntaran si existen hoy condiciones para volver; o si aún hay que esperar que se aclare el panorama y se establezca el proceso democrático, yo les diría: en primer lugar, que depende funda-

mentalmente de la situación de cada uno: evaluación personal de las posibles implicancias de su regreso, en el aspecto seguridad, situación familiar, posibilidades de sobrevivencia allá (trabajo, vivienda, etcétera).

En segundo lugar, está la expectativa de vida en Uruguay: si va con la intención de reintegrarse a una militancia activa; o si va pensando principalmente en el aspecto afectivo y material (la nostalgia del clima y del ambiente que se añora, el reencuentro con los seres queridos y los amigos; trabajar, “vivir”).

Sobre esto es muy difícil opinar por otros. Pero me atrevería a decir que, en el primer caso, a pesar de las dificultades que existen, hay mucho para hacer en la construcción del nuevo Uruguay que anhelamos, y el aporte de cada uno será muy valioso. En el segundo caso, si bien es importante y digno de respeto, sospecho que probablemente sea propicio para muchas frustraciones.

De cualquier forma, quien decida regresar debe tener claro que encontrará un país arruinado que, entre todos, debemos recuperar, lo cual implica un gran sacrificio nacional. Sacrificio que debemos hacer todos: quienes nos quedamos durante estos años y quienes optaron, o fueron forzados, a abandonar el “paisito”. Todos deberemos hacer un gran esfuerzo para superar divisiones, suspicacias y actitudes de rechazo o de desprecio hacia el otro. De lo contrario, estaremos agregando una dosis de sufrimiento inútil, desgastante, a una experiencia que en sí misma ya es dolorosa.

El reencuentro exige una cuota-parte de cada uruguayo, de todos los uruguayos, para facilitar la re-inserción de quien regresa a la querida tierra, y de quien recupera su libertad en esa nueva realidad, y lograr juntos la unidad, la convivencia, la reconciliación nacional. De parte de unos y otros, será necesario la aceptación, el perdón, la comprensión.

A quienes decidan quedarse aquí, les decimos que los sentimos tan “orientales” como el que más y que siempre habrá un lugar para ellos, en nuestro corazón y en nuestra tierra. Desde allá, estaremos esperando su interés, su aporte, su solidaridad, con quienes desde dentro del país trataremos de recuperar las condiciones mínimas para una vida digna para todos los uruguayos; lucharemos por la justicia; incentivaremos la fraternidad y la solidaridad entre todos, a nivel nacional, latinoamericano y universal; intentaremos hacer nuestro aporte para hacer de nuestro Uruguay, y todo el continente, un lugar habitable, justo y pacífico.»